

Javier Fages de Climent

EL AMPURDAN

Redacción: Ingenieros, 2
Administración: Caamaño, 17
Despacho

FIGUERAS 6 AGOSTO 1927
Año VII (2.ª época) Núm. 25

Precios de Suscripción:
Año, 5 ptas. :: Semestre, 2'75
Número suelto, 15 cts.

Solaces estivales

«Dios mío, porque permites que las gentes amen más la ciudad que el campo, y porque dejas que en mi España el pecado social del absentismo vaya tomando carácter tan triste?»

Paz de Borbón—1927.

Lamento sentido, como lo son siempre en labios de cristianos los que se unen a la invocación a Dios, es el de S. A. la noble, inteligentísima y tan bondadosa Infanta española, que sirve del emblema a estas líneas. Y, curiosa es, y demuestra cuan sentida necesidad expresa, su coincidencia absoluta con el deseo de un escritor de izquierda al que se concede por un sector de intelectualidad española muy grande autoridad y se atribuyen méritos y atisbos de genio, y del que, no porque sea escuela apartada de la nuestra y nos hallemos en disenso con muchas de sus doctrinas, dejamos de reconocer algunas cualidades exquisitas y admiramos juicios enjundiosos y admitimos verdades que a su pluma escapan.

Así, en el presente caso, como la encumbrada princesa añora el amor al campo y ansía corregir el absentismo, José Ortega y Gasset «no cree posible otro camino para llegar a la prosperidad de España que el que pasa por el campo.»

Y ya en su siglo, el XVI, nuestro Fray Luis señalaba como *descansada vida* en el sentido de placidez no de vagancia, la del campo; igual que en la antigüedad Horacio y Virgilio proclamaban, el primero el *beatus ille qui procul negotiis*, y el segundo el afortunado conocedor de los dioses cam-

pesinos; y las cosas en lo fundamental, no han sufrido, en este particular, variación sensible y el campo hoy, como antes y como siempre es solaz y paz y vigorosidad y espiritualidad confortadora, y en el bullicio ciudadano, en el mundanal ruido de Fray Luis, tan antes de que existiera el ruido semiinfernal de las ciudades siglo XX, es difícil hallar senda de sabio, ni germen de prosperidad integral ni vigorosidades salvadoras.

Pasar por el campo buen camino para la prosperidad de España dice Ortega y en efecto; quien oye hablar en el campo de Parlamento, ni nota ansias por el sufragio universal; quien se pirra ni siente desazón porque se perpetue la Constitución ya cincuentona, o se modifique según el sentir de los que Primo de Rivera convoque y amalgame en Asamblea...

Laboriosidad, sosiego pleno, y optimismo sanísimo, fortalecedor, es lo que en el campo se respira y admira doquier. Era en las grandes urbes de multitudes aglomeradas y abigarradas donde se daban los triunfos más resonantes de la democracia revolucionaria y republicana, donde un Pablo Iglesias solía triunfar o un Lerroux lograba hasta cincuenta mil votos, o un Blasco Ibañez aparecía como amo; y solo por excepción y por causas que no es del caso especificar y que no contradicen nuestra tesis, nuestra Figueras votaba a Pi y Margall o Vallés y Ribot, pero aún entonces, del campo venía el contrarresto salvador y los agricultores de Vilanant y Cistella y Fortiá y tantos otros, como en Vilademuls los de Perelada y de Borrás y de Lladó y de Llers y de otros grupos pueblerinos mostraban mejor sentido y más apego a la tradición castiza nacional,